

Un día de 1983, en conversación con Iván Carrasco (*Documentos y ensayos antipoéticos*, Santiago de Chile, Editorial Universidad de Santiago, 2007), el poeta Nicanor Parra le mostró un texto inédito llamado “Yo me sé 3 Poemas de Memoria” que formaba parte de un hipotético libro experimental llamado *Taller literario*. Al mostrarlo agregó: “Voy a anotar aquí una vez más ‘Yo me sé 3 Poemas de Memoria’. Asterisco y aquí abajo “Próximamente ‘Yo me sé 10 Poemas de Memoria’. Y esto habría que ponerlo también con letras mayúsculas: “EN PREPARACIÓN ‘YO ME SÉ 100 POEMAS DE MEMORIA””. Y luego agregó: “está 10 y está 100, ya está la serie de las potencias de 10. Después vendría: ‘Yo me sé 1000 Poemas de Memoria’. (...) Está toda la literatura metida aquí. Los N más 1 poemas que se han escrito en el mundo”. Y finalmente agregó: “Yo elegí tres, no es necesario decir ‘Yo me sé 10 Poemas de Memoria’ y poner diez poemas. No, eso es redundancia; tres nomás: uno, dos, tres, la santísima trinidad. Ya veremos próximamente, ya ‘Yo me sé 10 Poemas de Memoria’. Y aquí hay otra cosa, que no es el sistema solamente decimal el que está funcionando, sino que el sistema decimal representa la racionalidad, las matemáticas; pero también está el 3, que es un número místico”. En el año 2014 se celebraron los cien años del gran poeta chileno y en este año, 2018, murió en su país a los 103 años. Entre el cien y el tres de su edad parece haber la misma relación que imagina entre los tres poemas y el sistema decimal de su texto: la racionalidad del número decimal no puede segar la potencia mística o imaginaria de la tríada y a la vez sentimos que todo se reduce al absurdo y que la poesía, la literatura en general, poseen esa capacidad incesante de producir sentido incluso, o *sobre todo*, más allá de lo previsible. Entre los célebres *Artefactos* que había creado Parra había un ataúd de madera, a cuya tapa estaba adherida una manija circular de metal y arriba, manuscrita por el poeta, se leía la siguiente frase:

EN CASO DE RESURRECCIÓN

Haga girar la tapa del ataúd

En sentido contrario a los puntos del reloj:

Éste es un ataúd automático.

Con esa misma capacidad de la lengua para poner en entredicho la misma finitud, este número de *Zama* invoca la figura del gran poeta latinoamericano para celebrar a la vez el absurdo y la totalidad. La fuerza del sistema decimal nos abruma para festejar ahora los diez años de la revista *Zama*, cuyo primer número fue publicado en el 2008. Esos diez números, como el 3 que amonesta el sistema decimal del poema de Parra, es un número que relativiza ese otro aparecido hace poco: el número especial dedicado a Darío. *Zama* tiene diez números y uno más: en esa figura del 10 + 1 que excede la lógica del diez para retomar la capacidad utópica y proliferante y a la vez sarcástica y carnavalesca de *toda* la literatura latinoamericana, desde el *Chilam Balam* y el *Popol Vuj* de los mayas y las arquitecturas místicas de Sor Juana, hasta la irrisiones majestuosas de Nicanor Parra y de Augusto Monterroso. Este número diez

entonces, como toda la literatura, es a la vez verdadero y falso, es una ficción y una fe, es una apuesta y una realización de todos los que escribimos y escribiremos en *Zama* incluso mucho más allá, como dicta el deseo, de los que la iniciamos en aquellos días y anunciamos, como el poema de Parra: “En preparación los 100 números de *Zama*”.

Y en aquellas páginas 9 y 10 del número 1, enmarcadas por una guarda modernista, su director, Noé Jitrik, escribía en la primera presentación:

Las revistas universitarias son ante todo espacios dilemáticos. Por un lado, parecen estar destinadas a ser la desembocadura de las labores de investigación científica o, al menos, rigurosa que se llevan a cabo en los respectivos centros; por el otro, deberían ser un vehículo de transmisión de los conocimientos que en esos centros se producen; en otras palabras, deben recoger determinado orden de producción inherente a las instituciones que las promueven y sostienen, eso que se designa como investigación y, al mismo tiempo, introducir alguna marca en la cultura general de una sociedad de la que son deudoras. (...).

En la perspectiva de iniciar una nueva publicación, cuyo nombre es ya un homenaje a uno de los más importantes escritores argentinos, Antonio Di Benedetto, el Instituto de Literatura Hispanoamericana no ha hecho otra cosa que remontarse al sentido que tuvo su creación: estrechar lazos con el resto del continente, expandir el conocimiento que se puede tener acerca de problemas, obras y autores y crear un espacio de acción cultural de alcances científicos pero también políticos, puesto que considerar la actividad literaria de otros países es acercarse a ellos en los niveles más preclaros; trabajar en el orden de las culturas implica tal vez una posibilidad más sólida y duradera de relacionar y comprender.

Por ello, *Zama*, cuyo primer número estamos presentando, por el carácter latinoamericano del Instituto de Literatura Hispanoamericana, que es donde se gesta y se realiza, y como centro de conexiones internacionales, procurará albergar en sus páginas no sólo a sus propios investigadores sino también a investigadores externos, cuyos trabajos confluyen temática y conceptualmente, con el fin de que en los hechos se establezcan amplios panoramas, semillero de ideas, innovación de lenguajes, seriedad en los enunciados.

Hace ya una década, después de una amplia discusión en sucesivas reuniones y de una votación realizada por correo electrónico, de entre los nombres propuestos resultó elegido aquel de *Zama*, que mentaba Noé Jitrik en aquella presentación del número 1. Porque encontramos en esa novela una fuerza revulsiva original e inconfundible. Y esa fuerza era la fuerza de los nuevos tiempos que, al invocar la figura del escritor Di Benedetto, clamaba por un modelo ético de intelectual que fuera capaz de actualizar una moral del lenguaje. En *Zama* homenajeamos la dimensión nacional y latinoamericana de su autor, que fue encarcelado durante la última dictadura militar y luego vivió en el exilio, para volver a morir al poco tiempo en la Argentina. Al decir el nombre *Zama* (como luego razonamos en la presentación del número 2) sabíamos que para abrir nuevos espacios de reflexión y de crítica hacía falta escuchar primero la última letra del alfabeto y luego, muy lentamente, remontar el comienzo (de la “z” a la “a”) con la persistente confianza de saber que siempre, en todo camino, en todo viaje, algo en nosotros *sucede*. Al pensar el nombre *Zama*, recordamos aquello que Juan José Saer observó: al tratarse de la novela de la espera y de la soledad, “no hace sino representar a su modo, oblicuamente, la condición profunda de América, que titila, frágil, en cada uno de nosotros. Nada que ver con *Zama* la exaltación patriote-ra, la falsa historicidad y el color local. La agonía oscura de *Zama* es solidaria de la del continente en el que esa agonía tiene lugar”. Asimismo, Noé Jitrik había escrito: “Aunque *Zama* transcurra en 1790, es una novela actual, perfectamente insertada en

su lenguaje en las profundas marcas de nuestro tiempo”. Estos rasgos eran aquellos a los cuales adherimos quienes nos nucleamos en esta revista hace diez años y continuamos realizándola ahora. En la figura de *Zama*, personaje y novela, concurren la reflexión sobre lo actual sin dejar de poner en tensión la historicidad latinoamericana; el conflicto de lenguajes y la problemática abierta del multifacético español de Hispanoamérica; la cuestión del exilio, lo extraterritorial, lo propio y lo ajeno, las fronteras y los cruces en el seno de las nacionalidades; la riqueza cultural y su desarrollo en un contexto social de agudas contradicciones y graves desigualdades económicas. En ese nombre se cifran muchas de las cuestiones que nos preocupan en nuestro trabajo crítico y muchos de los perfiles que queremos vindicar y sostener.

Toda celebración es también una memoria. En este número, a las habituales secciones de artículos, notas y reseñas, sumamos el dossier acerca de uno de nosotros, un escritor de vasto alcance en el ámbito de la lengua española que estuvo muy cercano al Instituto de Literatura Hispanoamericana, donde brindó cursos, conversaciones y formó parte de la experiencia inmediata de varios de sus integrantes: Ricardo Piglia. Como Di Benedetto, tuvo una visión ética de la literatura y de uno a otro, desde Argentina, vindicamos otra vez la apuesta en la década y la utopía de la continuidad, aunque sea, como señalaba el antipoeta, a la vez un absurdo y una mística. En una página de su diario Piglia había escrito: *“A la madrugada, sentado sobre un banco en la plaza San Martín. Se ha hablado toda la noche y él tiene los ojos vacíos. Vuelven a empezar. ‘Sólo la utopía permite pensar’, se mueve en esa dirección. De lo contrario ¿qué queda? La resignación, el escepticismo”*.

Antes que víctimas de la espera, en la revista *Zama* no capitulamos: ni resignación ni escepticismo. Volvemos a empezar, desde el número 10 y con la utopía de la continuidad, porque sólo en ella podemos pensar una y otra vez nuestra literatura en la lengua que nos concierne. “De lo contrario ¿qué queda?”

Jorge Monteleone

